

tancia con el goce de la bienaventuranza, y con la union eterna con su amado.

Bendigamos pues, católicos, su memoria; pues en ella se han cumplido las promesas que al justo hace el Señor por boca del Eclesiástico. Que su nombre sea escrito en nuestros anales con caracteres de oro: y sus virtudes entállense en bronces para nuestra perpetua gloria en las generaciones futuras. Y reunidos al rededor de su sepulcro glorioso, contemplemos aquella víctima que consumó su vida á impulsos del amor, que el cielo piadoso nos dió para consuelo y honor de la Iglesia, y para nuestra proteccion y confianza. Tributémosle los mas sinceros homenajes de gratitud, y dirijamos á ella nuestros votos, para que á sus ruegos el Todopoderoso nos llene de bendiciones, y nos asista con las luces de su gracia, para que con este auxilio celestial, caminemos por las sendas de la virtud, y lleguemos á gozarle en la eterna bienaventuranza de su gloria que para todos deseo. Amen.

## SERMON

### DE SAN CAYETANO.

(DE SANTANDER.)

*Querite ergo primùm regnum Dei, et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis.*

Buscad pues primeramente el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas.

*S. Mat. c. 6. v. 33.*

Nada vemos con mas frecuencia en el mundo que buscar todos los hombres su felicidad, y nada mas raro que hallar hombres verdaderamente felices. Si los hombres formaran ideas rectas de las cosas cuando buscan su felicidad, y acompañaran su razon con las luces de la fe, seria incomparablemente mayor el número de los dichosos; pero dando á sus luces naturales una esfera superior á la que les corresponde, se persuaden que podrán llegar con sola su razon al templo de la felicidad, y cuando ya se imaginaban á sus puertas, se encuentran miserablemente engañados á muchos grados de distancia. Piensan unos, como los Midas y los Cresos, que la felicidad consiste en las riquezas, y para conseguirlas rodean el mar y la tierra por entre innumerables peligros de alma y cuerpo: sudan, se afanan y fatigan conducidos de la insaciable sed del oro, y cuando al fin de sus dias han juntado sus tesoros, los sorprende la muerte, y los arroja desnudos en un sepulcro, dejando en manos ajenas cuanto habian adquirido con inmensos sudores y fatigas. Estos esperaron en la multitud de sus riquezas, y quedaron engañados en su vanidad (1).

Persuádense otros que la felicidad consiste en las conquistas, en la adquisicion de nuevas provincias y nuevos reinos; y para llevar á debida ejecucion sus fantásticos proyectos, botan al

(1) *Psalm. 51. v. 9.*

mar sus escuadras, y ponen en movimiento sus ejércitos: aumentan las salobres ondas con la sangre de los hombres; cubren de cadáveres los campos, demuelen las fortalezas, destruyen las ciudades, talan los campos, incendian los pueblos; y por donde quiera que marchan los ejércitos, sean de vencedores ó de vencidos, parece que ha pasado algún fuego devorador, ó que algún torrente impetuoso ó uracán irresistible ha arruinado, arrastrado ó consumido cuanto existía. Y después de una vida tan agitada, después de unos destrozos tan inhumanos, hallan en su corazón un vacío inmenso, que no han podido llenar los nuevos palmos de tierra que han adquirido. Lloro, decía el grande Alejandro, porque me han asegurado que hay muchos mundos, y no soy dueño de uno solo. Esta negra mortaja es todo lo que el famoso Tamorlan saca de sus conquistas, decía aquel terror de la Europa y del Asia.

Creen aquellos que la felicidad consiste en la adquisición de las ciencias, en la extensión de los conocimientos humanos, y á fin de alcanzarlos cursan las universidades, viajan por los reinos para tratar con los hombres literatos de otros países, se envejecen sobre los libros, hacen crujir las prensas con las producciones de su entendimiento, y cuando en el término de sus días se imaginaban á la puerta de la felicidad, conocen que saben que no saben, como decía el grande Sócrates, ó los desengaña un san Pablo diciendo, que si piensan que saben algo, no han conocido todavía como conviene la sabiduría (1).

Piensan los otros que la felicidad consiste en los grandes empleos, en que colocado un hombre mira postrados á sus pies una infinidad de sus semejantes, que agobiados de sus miserias procuran á fuerza de importunaciones salir de ellas. El hombre soberbio y presuntuoso cree que será feliz si llega á ser un ídolo en cuya presencia inclinen su cuello y doblen su rodilla los otros hombres. Pretende, regala, visita, adula, maquina, y pone en movimiento todos los resortes de la amistad, del paisanaje, del parentesco, de la conexión, para subir á su soñada felicidad: al fin se acerca á ella subiendo por encima de los tristes despojos de los difuntos, ó por entre las envidias, las injusticias y las torpezas de los vivos. Y qué? ¿ha encontrado ya la felici-

(1) *Si quis autem se existimat scire aliquid, nondum cognovit quemadmodum oporteat eum scire. D. Paul. I. ad Corinth. c. 8. v. 2.*

dad? ¿Halló ya su descanso aquel ambicioso corazón? Nada ménos. Apenas se sienta sobre el trono de su empleo, cuando halla pesares en vez de alegrías, cargas que abruman en vez de satisfacciones que deleitan: inquietudes y desabrimientos en lugar de la tranquilidad y sosiego que se imaginaba: *Seculi sunt vanitates, et vanè egerunt...* dice el Espíritu santo (1).

Finalmente, innumerables imaginan que la felicidad consiste en sacudir el yugo de la divina ley, dando libertad á las pasiones y soltura á los apetitos para entregarse á todos los placeres de la vida, por mas prohibidos y criminales que sean; pero luego la divina Escritura levanta el grito, y con una voz de trueno les dice de esta manera: esto pensaron los impíos, y lo erraron: su malicia los cegó para que no viesen la santidad de Dios, la pureza de su ley y la maldad de su pecado (2). De suerte, amado pueblo mio, que la felicidad del hombre no consiste en las riquezas, ni en las conquistas, ni en la adquisición de las ciencias naturales, ni en los grandes empleos, ni en los placeres criminales de los sentidos, ni en otra alguna de cuantas ideas pueda formar el hombre desnudo de la fe; pero si la razón humana escucha la voz de la religión, luego encuentra la verdadera felicidad. Inmediatamente el Evangelio (ese libro divino jamás alabado bastantemente de los hombres) nos enseña que podemos ser limpios de corazón para que seamos dignos de ver á Dios para siempre (3).

Podemos ser pobres de espíritu, y será nuestro el reino de los cielos. Podemos llorar nuestros pecados, y seremos eternamente consolados. Podemos usar de misericordia con nuestros prójimos, y la usará Dios con nosotros. Podemos ser pacíficos, y seremos llamados hijos de Dios nuestro señor. Ved ahí, amados míos, otros tantos hombres felices. Y á la verdad, Dios nuestro señor no nos habia de haber dado este deseo tan vivo y tan innato en nuestras almas, para tenernos mortificados con él toda la vida. No, señores. Podemos y debemos ser felices, y lo seremos infaliblemente si constituimos la felicidad en lo que nos enseña el Evangelio. Seremos felices si obedecemos á Dios é imitamos á los santos. Seremos felices siguiendo las huellas

(1) *IV. Reg. c. 17. v. 15.*

(2) *Hæc cogitaverunt, et erraverunt: excæcavit enim illos malitia eorum. Sapient. c. 2. v. 21.* (3) *Div. Matth. c. 5. v. 8.*

del gran Cayetano, hombre verdaderamente feliz. El santo buscó y halló la felicidad, porque la buscó donde Dios la había colocado. Buscó primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se le dieron como por añadidura: *Querite primum regnum Dei... et hæc omnia adjicientur vobis.*

El santo miraba que las aves del cielo ni siembran, ni siegan, ni conservan en trojes las cosechas, y el Padre celestial las alimenta: miraba que los lirios del campo crecen adornados de aquel hermoso vestido que les cortó la adorable Providencia, y que ni Salomón en toda la grandeza de su gloria le tuvo semejante: miraba que el Señor nos manda tener más cuidado con el alma que con el cuerpo, y no ser demasiado solícitos de la comida, de la bebida y del vestido; porque ya nuestro Padre celestial sabe que de todo esto necesitamos: miraba en fin que nada le faltaría al que de todo corazón buscaba primero el reino de Dios y su justicia; y enseñado por todos estos oráculos divinos se entregó en los brazos de la divina Providencia para obedecer á Dios, para seguir á Dios, y para llevar por Dios con igualdad de espíritu y tranquilidad de corazón todas las cosas: las alabanzas y los vituperios, los honores y las ignominias, la abundancia y la pobreza, la salud y la enfermedad, los bienes y los males. Ved ahí un hombre superior á todas las cosas de la tierra: superior á las riquezas, á la nobleza, á las dignidades y á los placeres que nos disipan, ensoberbecen y llenan de vanidad y de orgullo: superior á la enfermedad, á los dolores, á la pobreza, á las contradicciones y calumnias que nos amilanan, abaten y acobardan. Ved ahí, en una palabra, un hombre feliz. Tal es la idea que he formado de este gran santo, y que nos enseñará á todos á ser felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad. Ciertamente no hay uno solo en mi auditorio de cuantos nos hemos congregado en este santo templo para bendecir y alabar á Dios en sus santos, á quien no sea utilísimo mi asunto. Todos deseamos ser felices. No es verdad? Pues aquí aprenderemos á serlo imitando al hombre feliz san Cayetano.

Vos, Señor y Dios altísimo, que me habeis traído á este pueblo para que yo hable de las virtudes de vuestro siervo Cayetano, para la edificación de los fieles, hacedme, Dios mío, digno instrumento de vuestra adorable voluntad, para que en todo promueva vuestra gloria, el culto de vuestros santos, la per-

fección de los justos y la conversión de los pecadores. Esta gracia os pedimos por la intercesión de la santísima Virgen, á quien saludamos devotos con el ángel: *Ave María.*

Es menester, amados míos, confesar como una verdad indisputable, que la verdadera felicidad solamente podremos conseguirla allá en la gloria. Allí se descansa de todas las penalidades de la vida: allí se conoce, se ama y se goza aquel Ser supremo, infinito y eterno, que es nuestro Dios, para cuya posesión fuimos criados; y allí finalmente es donde nuestra alma se saciará perfectamente como decía David, con el conjunto de todos los bienes, y con exclusión perpetua de todos los males. Acá en la tierra, como estamos fuera de nuestra patria, no podemos ver ni gozar á Dios como es en sí mismo, ni llegamos á conseguir el fin para que fuimos criados, y por eso nuestro corazón suspira siempre, como decía san Agustín, por aquel bien sumo que le falta (1). A esto se añade ser tantas las miserias que por todas partes nos rodean en este valle de lágrimas, que estamos, como decía el santo Job, henchidos de ellas. Por una parte la pobreza, las pesadumbres, los desprecios, las ingratitudes de nuestros prójimos, los destierros, las cárceles, las enfermedades, las guerras, las esterilidades, los dolores y otra infinidad de desdichas nos entristecen, nos acobardan, arrancan lágrimas de nuestros ojos, y llenan el corazón de disgusto y amargura. Por otra, las riquezas, la nobleza, los empleos brillantes, la salud, la ciencia, el poder y una multitud de cosas que se llaman felicidades en el mundo, nos ensoberbecen, nos sacan fuera de nosotros mismos, y nos llenan de vanidad y de orgullo.

Sin embargo, aunque no podamos ser perfectamente felices en la tierra, podemos y debemos todos aspirar á un cierto grado de felicidad compatible con las miserias que nos rodean; y que nos constituya en la clase de viadores bienaventurados, como los llama David, por la observancia de los mandamientos del Señor (2). Un hombre pues que sometido á las disposiciones de Dios, y observando sus mandamientos, mirase con igualdad

(1) *Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te... S. August. de sum. bon.*

(2) *Beati immaculati in via: qui ambulant in lege Domini... Psalm. 118. v. 1.*

de espíritu las dichas y las desgracias : un hombre que mantuviese su corazón siempre tranquilo entre las alternativas de los gustos y pesares que nos cercan : un hombre que con una alma limpia de pecado recibiese con un mismo semblante la pobreza y la riqueza, la enfermedad y la salud, las alabanzas y los vituperios, sería verdaderamente feliz, sería lo que fué san Cayetano : sería lo que podeis ser vosotros : sería lo que voy á demostraros : feliz en las prosperidades y feliz en los trabajos. Ved aquí las dos partes de este sermón. Oídlas atentamente.

#### PRIMERA PARTE.

Nació el glorioso patriarca san Cayetano en la ciudad de Vincencia el año de 1480, de la noble familia de los condes de Tiené. Sus padres Gaspar de Tiené y María Porta, aun mas recomendables por su virtud que por su hacienda y nobleza, procuraron educarle tan cristianamente, que muy presto manifestó el niño que el Señor le habia prevenido casi desde la cuna con las mas copiosas bendiciones. No parecia posible natural tan blando, semblante tan modesto, ingenio tan despejado, genio tan dócil, ni corazón tan recto y tan sencillo. Ya en aquella tierna edad daba bien á entender que solo Dios era el único objeto de sus deseos. Todas sus diversiones se reducian á ejercicios de devoción que al parecer superaban á su infancia, siendo la mas frecuente y la que mas le divertía el representar en su cuarto las sagradas ceremonias que observaba en las iglesias. Como venia destinado por el cielo para adelantar el culto del Señor con la reforma de las costumbres del clero, con la limpieza y aseo de las iglesias y la observancia de las ceremonias eclesiásticas, ya desde sus primeros años le encaminaba la divina Providencia á estos fines tan altos y divinos; pero no se descuidaba por eso en la aplicación mas atenta á los estudios. Es verdad que la devoción era efectivamente su principal empleo; mas no le estorbó la aplicación al estudio, ni que en él hiciese tan rápidos progresos en las ciencias, que en pocos años se le admiró hábil filósofo, sabio teólogo, docto canonista y consumado jurisconsulto, recibiendo los grados de doctor en ambos derechos en la universidad de Padua, donde fué repu-

tado por uno de los mas insignes literatos de su tiempo. Un jóven noble, sabio, rico y virtuoso no debia estar oculto, ni vivir desconocido de las gentes, sino presentarse en la capital del cristianismo para ser dignamente colocado sobre el candelero de la Iglesia y alumbrar á cuantos entrasen en ella. Con efecto pasó á Roma nuestro Cayetano con determinación de hacer en aquella ciudad una vida retirada y escondida, empleándose únicamente en los mas bajos ejercicios de la humildad. Pero no le valió; porque su insigne virtud, acompañada de su grande reputación, le descubrieron luego, dándole á conocer á los personajes mas ilustres. El papa Julio II, quiso verle, y reconociendo en él señales muy visibles de un extraordinario mérito y de una eminente santidad, que algun dia podian ser muy útiles á la Iglesia, le mandó que se quedase en la corte, y le condecoró con una prelatura ó protonotaría apostólica.

¿No veis, amados míos, como la voluble rueda de la fortuna parece que ha fijado su clavo delante de Cayetano para mirarle siempre con un aspecto risueño y favorable? ¿Qué mas le faltaba para ser un hombre feliz? Ah! Bien sabia Cayetano que nada de esto constituía su felicidad. Habia nacido noble, es cierto; ¿pero qué utilidad podia sacar de su ilustre genealogía, si él la hubiera manchado con la corrupción de sus costumbres (1)? Todos procedemos de un principio : todos tenemos un mismo padre por tronco y origen de todas las familias, y faltando el mérito personal es una vanidad insufrible llenarse de orgullo por una cualidad que está fuera de nosotros, y una virtud que tuvieron nuestros abuelos, á quienes deshonramos con nuestros desórdenes y mala vida. Por eso nuestro Cayetano fué hombre feliz no precisamente por haber nacido noble, aunque esta sea una cualidad apreciable, sino porque fué noble en su proceder, irreprochable en su conducta, y dió nuevo lustre á su casa y cuna con su virtud personal.

Tambien fué rico nuestro Cayetano, es verdad. Sus padres cuando pasaron de esta vida á la eterna le dejaron un patrimonio cuantioso; ¿pero podia ignorar el santo que las riquezas escondidas sin darlas un cristiano destino, se convierten en daño del que las posee? ¿Podia ignorar aquel oráculo divino : *Divi-*

(1) *Quæ utilitas in sanguine meo, dum descendo in corruptionem?*  
Psalm. 26. v. 10.